

Paula Bruno, *Paul Groussac: un estratega intelectual*, Buenos Aires, FCE/Universidad de San Andrés, 2005, 262 págs.

La obtención de la última edición del Premio Pensamiento de América “Leopoldo Zea” al que se ha hecho acreedor este libro de Paula Bruno, ha confirmado más allá del campo de la historiografía argentina lo que en el momento de su publicación, en el año 2005, se había advertido en el circuito de los estudios culturales referidos a la Argentina de finales de siglo XIX y principios del XX: la aparición de un libro sutil, rico en matices interpretativos y con una trama original sobre una personalidad de las letras sudamericanas exquisita y a la vez polémica, como lo fue Paul Groussac (1848-1929).

La misma figura intelectual que se estudiaba presentaba una dificultad adicional para la autora: por un lado, la de vérselas con el potente peso simbólico que Groussac había alcanzado en la historia cultural argentina y, por otra parte, la de dar cuenta en términos de argumentación, metodología y recorte del campo de lo histórico, de la riqueza que el propio personaje entrañaba. En efecto, este intelectual francés radicado en Buenos Aires en 1866 había sido autor de novelas breves, de ensayos históricos, de memorias, de relatos de viajes, crítico de arte y de ópera y fuerte polemista en la prensa capitalina y del interior, pero sobre todo, viajero aventurero que se convirtió en pocos años en letrado consagrado. Esto es: hasta qué punto a nivel formal y expositivo era posible estar a la altura de la dignidad histórica del objeto de estudio. En ambas dimensiones, Paula Bruno lo logra con creces, en primer lugar al plantear el interrogante que guía gran parte de su ensayo: qué lugar ocupó la trayectoria y la obra de Groussac en la constelación letrada de su época, y en las imaginaciones ligadas a su figura. En segundo término, al optar por un modelo de biografía intelectual, en la que los planos de la excepcionalidad del biografiado conviven sin tensión con aquellos elementos que incorporan a Groussac en el devenir común de los intelectuales latinoamericanos *fin de siècle*, donde aún no se ha constituido un campo específicamente intelectual, y donde las esferas de la cultura y la política se hallan fuertemente vinculadas. De este modo, la tesis que intenta demostrar la autora propone que si a partir de Groussac es posible advertir el funcionamiento del mundo letrado —e indirectamente el más extenso de la política—, el caso de estudio demuestra el conjunto de estrategias que era posible desarrollar como ejemplo límite para colocarse como un árbitro exclusivamente intelectual.

De allí su noción de Groussac como “un estratega intelectual”, alguien que en tanto portador de un cierto capital cultural socialmente demandado en ese Buenos Aires que se pretende europeo (sobre todo francés) y civilizado, y en el que todo está por hacerse, alcanza a desarrollar una serie de apuestas simbólicas y relacionales que lo colocan en el lugar de árbitro de la constelación letrada de la Argentina de la época, en un momento —el del cambio de siglo— en el que se comienza a observar cierta tendencia a la profesionalización.

La autora discute así las interpretaciones clásicas que en el periodo de 1880 a 1910 tienden a subordinar el ámbito de la cultura al de la política, o más

específicamente, al del poder estatal, para recolocar el conjunto de acciones desarrolladas en la dinámica del cada vez más amplio y complejo mundo de las letras de Buenos Aires.

Entre las opciones metodológicas que la autora pone en juego, es interesante señalar que logra escapar al modelo biográfico clásico que tiende a mostrar la maquinaria psicológica del biografiado en detrimento de otras dimensiones, al optar por una perspectiva en la que el contexto alcanza una gravitación sustancial en la comprensión histórica. Incluso en el primer capítulo, en algún sentido el más clásico de los cuatro que componen el libro —pues en él se sigue en particular el itinerario vital de Groussac—, es posible advertir la elección de las dimensiones públicas de su actuación, así como el lugar asignado al mundo relacional que logra constituir y que, en parte, le posibilita convertirse en una figura de renombre, aunque —como señala la autora— de consideración ambigua, en la medida en que dada la percepción de los contemporáneos, Groussac se presentaba —tal vez por su extranjería y su estilo beligerante y narcisista— como una figura incómoda para incorporarla de un modo permanente en el panteón de celebridades del pensamiento argentino.

En el segundo capítulo Paula Bruno analiza la función que desempeñó Groussac en el espacio intelectual argentino del cambio de siglo, poniendo énfasis en sus estrategias de posicionamiento, luego de caracterizar como de incipiente profesionalización el contenido de los discursos y las prácticas intelectuales que dominan en ese espacio (en el campo de las humanidades y las ciencias sociales). Así, propone al menos tres indicadores de estas estrategias: la dirección de revistas culturales; la participación recurrente y sistemática en polémicas (lo que provoca una división *de facto* entre la esfera de la cultura y la de la política) y la definición de una fama y una ponderación de su alta capacidad intelectual compartida por los contemporáneos.

En los capítulos tercero y cuarto se aborda el análisis de problemáticas específicas, como lo son respectivamente la participación de Groussac en el debate acerca del papel de la lengua y la literatura en la constitución identitaria de lo argentino alrededor del año 1900; y por otro lado, su lugar en la historiografía vernácula, con el propósito de recuperar las particularidades de su obra como historiador. En este último punto, la autora señala cierto distanciamiento del biografiado respecto de las nociones dominantes en el campo historiográfico argentino de la época, primero al postular la asociación de la práctica del historiador con una tendencia a la exactitud del juicio acompañada de cierto don personal de sagacidad inventiva, lo que lo llevó a vincular metafóricamente la historia como *narratio rerum gestarum* con la arquitectura, pues en ambas disciplinas era necesaria la combinación entre ciencia y arte, entre el sabio y el artista. Segundo, al anular la pretensión de construir a partir del relato histórico mitologías nacionales.

Finalmente, Paula Bruno intenta responder la pregunta sobre el lugar de Groussac en el pensamiento argentino, pregunta motivada por la nota necrológica que escribiera Jorge Luis Borges en 1929, en la que postulaba que la obra de

Groussac no podía quedar fuera del canon literario nacional. Sin embargo, la autora plantea que lejos de las aspiraciones del propio Groussac, este reconocimiento sólo se verificó en parte, señalándose en él al estilista más que al intelectual, y sobreviviendo en los márgenes culturales más que en el centro de los mismos. De algún modo, parece postular la autora, el personaje fue superior al modelo que intentaba representar, de allí que en el propio Groussac y en la imposibilidad de la reproducción de su universo, se encuentren las claves para entender las condiciones de su desvanecimiento.

*Ricardo Pasolini*